
Desde el País de los Gigantes

Perspectivas arqueológicas en Patagonia

TOMO II

Universidad Nacional de la Patagonia Austral

Río Gallegos

2000

Estructuración del espacio en Cerro de los Indios 1 (lago Posadas, Santa Cruz)

* Sección Arqueología, Universidad de Buenos Aires.
Correo electrónico: mfigure@filo.uba.ar

María José Figuerero Torres *

INTRODUCCIÓN

Este trabajo presenta los modelos y unidades de análisis empleados para el estudio de la estructuración del espacio en el Área de Excavación 2 de la localidad de Cerro de los Indios 1 (CI1-AE2). Entre las características del registro arqueológico de ese sitio se destacan: la abundancia y diversidad de la evidencia material; la comprimida sucesión de estratos, la redundancia de rasgos y ciertos tipos de depósitos, y los paquetes de edades radiocarbónicas. Los interrogantes que se plantean, en cuanto a la organización espacial de las actividades en esta localidad, remiten a la ocupación reiterada del espacio, la disposición de actividades y su grado de mantenimiento. Estas dimensiones espacio-temporales servirán para definir las ocupaciones como tales y el grado de reocupación que operó en esta localidad, buscando contribuir a la problemática general de Cerro de los Indios 1 (Aschero *et al.* 1999).

ANTECEDENTES PARA EL ANÁLISIS DE LA ESTRUCTURACIÓN DEL ESPACIO

En su formulación original, la **estructura de sitio** (Binford 1983) hacía referencia a la distribución espacial de artefactos, rasgos y restos faunísticos en sitios arqueológicos, y el **análisis de la estructuración del sitio** a "*how spatial models mesh within the structure of a site as an entity in its own right*" (Binford 1983:172). Para el desarrollo de este análisis las líneas de investigación han sido variadas, empleándose en general modelos analógicos diversos fuertemente influenciados por las fuentes **etnográficas** (Gamble 1991). A esto se suma el hecho de que generalmente se selecciona para este tipo de análisis aquellos depósitos arqueológicos con patrones evidentes, considerados como "pisos de ocupación" (Wandsnider 1996). Desafortunadamente, esto ha llevado a que estas interpretaciones tiendan a convertirse en casos singulares (espacial o temporalmente **circunscriptas**), impidiendo a partir de ellos discernir patrones generales en la **organización** espacial de las actividades para cazadores-recolectores.

El análisis de "estructura de sitio" permite obtener información acerca de la función y organización de una localidad en dos escalas (Binford 1983). En una escala local, la **función** es definida sobre la base de la naturaleza de las actividades desarrolladas, tanto en su disposición (o "*layout*") como el uso dado al espacio. A su vez, la **organización de las actividades** está indicada por las actividades de mantenimiento. Desde una perspectiva regional, la organización de las actividades de una localidad responde tanto a los recursos disponibles como al marco de las relaciones sociales vigentes (Gamble 1991). Por lo tanto, en la concepción de los ocupantes, las actividades desarrolladas (la función y organización de una localidad) se prevén antes de llegar a un **asentamiento** (denominado "uso anticipado" de la localidad) y de ese modo se proyectan más allá del lugar mismo (Binford 1983).

En los últimos veinte años, la selección de las unidades de análisis arqueológicas ha ido cambiando, conforme a la incorporación de los resultados de diversos estudios **actualísticos** (etnoarqueológicos y de procesos de formación). Así se nota una transición entre la aplicación arqueológica de unidades de análisis con una fuerte definición **sistémica** hacia aquellas en las que el desarrollo de expectativas y la selección de variables se realiza teniendo en cuenta los procesos de formación de los depósitos (Wandsnider 1996).

Dentro de esta transición se pueden distinguir dos enfoques: el funcional y el formacional (O'Connell 1995; Wandsnider 1996). El primero, referido como "*functional view of site structure*", es el más tradicional. Este enfatiza una sola escala de la organización y función del espacio en un sitio (O'Connell 1995; Wandsnider 1996). Generalmente se encara en aquellos depósitos arqueológicos con evidencias claras de superficies de ocupación y patrones de distribución de rasgos y artefactos evidentes, con el objeto de describir las dimensiones y diversidad de las actividades de distintos tipos de ocupaciones (Dewar y McBride 1992; Wandsnider 1996). Los temas que reciben mayor atención son aquellos relacionados con la identificación de áreas de actividad en estrecha relación con el análisis de los conjuntos de artefactos asociados.

Para este enfoque, los resultados logrados muestran una tendencia a: (a) destacar el trabajo de recuperación de patrones y la reconstrucción de actividades (Gamble 1991), (b) comparar las interpretaciones de los conjuntos arqueológicos con patrones etnográficos (Dewar y McBride 1992), y (c) incorporar en forma asistemática la información sobre procesos de formación, ya sea para el corto o largo plazo (Rossignol 1992; Wandsnider 1996). Las limitaciones surgen de suponer la equivalencia entre el comportamiento que se intenta identificar y lo que quedó en los depósitos arqueológicos (O'Connell 1995). Estas persisten porque se continúan analizando, en diversos grados, unidades funcionales referidas a eventos de corta duración, *e.g.*, áreas de actividad (Wandsnider 1996). Esto denota una incongruencia entre los modelos empleados para el análisis espacial y la escala de resolución del registro arqueológico, aun cuando se cuenta con modelos sobre procesos de formación (Rossignol 1992).

Sin embargo, el uso de modelos etnoarqueológicos y de procesos de formación permite delinear un enfoque denominado "*formational*" (Wandsnider 1996). Dentro de este enfoque se distinguen los aspectos funcionales de aquellos referentes a la organización de las actividades en sí mismas. Los supuestos de la perspectiva funcional que se ven modificados, conciernen al tratamiento arqueológico de las áreas de actividad en cuanto a la posibilidad de su delimitación y funcionamiento, y a los mecanismos de asociación y descarte de los conjuntos artefactuales (O'Connell 1995). Dentro de la organización de actividades, el foco de atención está puesto sobre las actividades de mantenimiento, para lo cual es necesario distinguir los procesos de formación que conforman la distribución de rasgos, artefactos y otros elementos en el registro arqueológico (Tani 1995; Wandsnider 1996). En una escala local, esto permite determinar el grado de resolución de los eventos representados y, a su vez, la génesis y formación de las ocupaciones y existencia de reocupaciones. Se puede cambiar la escala espacial considerando la historia de formación del registro arqueológico acumulado en el paisaje de una región y contemplar el uso sistémico de su espacio (Wandsnider 1996). Esto brinda la posibilidad de abarcar dos escalas simultáneamente: la localidad y la región.

LOS MODELOS SISTÉMICOS

Los modelos de ocupación de Wandsnider (1992) intentan establecer en qué condiciones una localidad es atractiva para su reocupación dentro de un mismo sistema de subsistencia. Los motivos que llevan a la reocupación o el abandono de los asentamientos se basan en las características de la superficie libre disponible que pueden condicionar la configuración espacial de la nueva ocupación. El factor esfuerzo determina en qué grado la reocupación impacta, modifica o incorpora las instalaciones del asentamiento anterior. Esto incluye un continuum que va desde ninguna modificación a **reacondicionamiento**, destrucción y reconstrucción.

Estos modelos permiten establecer relaciones entre asentamientos sucesivos en un mismo lugar sobre la base de la disposición de las actividades, independientemente de su funcionalidad. No obstante hay que destacar que estos casos fueron formulados para asentamientos cuya superficie no tiene limitantes físicos ("*physical constraints*") en su dispersión. Esto significa que el espacio a ocupar no cuenta con barreras que condicionan

el movimiento o la disposición de las actividades sobre la superficie elegida. Estas barreras naturales pueden ser fijas y estar representadas por elementos perecederos, como un árbol que da sombra, o permanentes, como la pared de un alero o cueva.

Para el caso particular en que se ocupa un espacio con límites físicos definidos y estratégicamente ubicado, el grado de energía invertida en mantenimiento y reacondicionamiento será mayor, al no tener opciones para alternar o dejar de lado el lugar de ocupación (Wandsnider 1998a). El mantenimiento tiene como objetivo liberar las áreas de actividad de los estorbos, que pasan a acumularse en ciertos lugares mediante determinados procesos y ritmos (Tani 1995). Estos depósitos y rasgos que se van generando, pueden convertirse en focos alrededor de los cuales se organizan las actividades y, por lo tanto, pueden ser considerados como limitantes "inducidos" para la dispersión de la ocupación cuyos restos quedan en la superficie para reocupaciones posteriores (Koetje 1994; Wandsnider 1992). Este sería el caso de los fogones, estructuras habitacionales (tiendas o reparos) o caminos.

TRASPASO A LO ARQUEOLÓGICO

En lo posible, he optado por utilizar la expresión "asentamiento" para referirme a las ocupaciones en los modelos sistémicos. En términos arqueológicos, una ocupación representa un episodio continuo de uso residencial por parte de los participantes de un sistema cultural (Binford 1982; Dewar y McBride 1992). Su uso tradicional, en forma implícita, implica un intervalo temporal breve de escala etnográfica, y por lo tanto debe considerarse como un ejemplo de unidad de análisis sistémico (Jones y Beck 1992; Sullivan 1992). La conciencia de que las ocupaciones arqueológicas no se corresponden en forma inalterada con la forma, disposición y sucesión de los asentamientos etnográficos, deriva en gran parte del trabajo etnoarqueológico de las últimas dos décadas y se traduce en el concepto de palimpsesto (O'Connell 1995).

El concepto de ocupación arqueológica es de naturaleza interpretativa, siendo esta cualidad abstracta lo que toma difícil la selección de criterios aptos para su definición (Ramenofsky y Steffen 1998). Esta elección debe incluir la frecuencia, el tiempo y la continuidad en el uso de un espacio. Avanzando sobre esto podemos precisar la escala de aplicación del concepto de ocupación. Esta propiedad de escala abarca tanto la noción de **inclusividad**, es decir la naturaleza del material medido y descripto, como la de resolución, el grado de detalle o grano de la unidad (Ramenofsky y Steffen 1998).

Esta definición permite un uso más flexible del concepto de ocupación, posibilitando su empleo tanto en una escala local como regional. Por lo tanto, las diferencias surgirán del grado de inclusividad establecida, el cual será inverso al grado de resolución determinada para cada escala (Ramenofsky y Steffen 1998). Esta relación se hace evidente al considerar la ocupación de una localidad (menor inclusividad, mayor resolución), vs la ocupación de una región (mayor inclusividad, menor resolución). Este concepto de escala está contenido en la perspectiva de arqueología del paisaje, en la cual el término ocupación mantiene su carácter discreto pero a su vez puede abarcar regiones enteras o **cubrir** varios milenios (Rossignol y Wandsnider 1992). Por eso, considero que al aplicar el término "ocupación" al contexto arqueológico, la inclusividad y la resolución deberán ser definidas en cada caso, y no asumidas como lo son en el uso tradicional. Las unidades que contienen las ocupaciones son los distintos estratos conformados por superficies y depósitos (Harris 1991). Esto significa el empleo de técnicas de análisis que puedan determinar el grado de resolución de los depósitos y, potencialmente, aislar episodios de ocupación.

Una medida arqueológica de reocupación de una localidad es el grado de congruencia espacial entre ocupaciones sucesivas. Por congruencia se entiende el grado de desplazamiento espacial entre ocupaciones directamente superpuestas en una localidad (Dewar y McBride 1992; Wandsnider 1992). Los tipos ideales de congruencia son:

concentrado, localizado o disperso. Estos abarcan desde sólo un mínimo de desplazamiento hasta aquellos donde no hay casi superposición (Dewar y McBride 1992). Estas medidas se toman sobre la base de la superficie de cada ocupación. Sin embargo, una alternativa planteada aquí para medirlo es tomar el grado de desplazamiento de los rasgos en ocupaciones sucesivas.

La congruencia espacial nos ofrece una forma de medir arqueológicamente el ritmo de ocupación de una localidad e inferir el atractivo que pudiera presentar, en cuanto a sus características permanentes y su historia de uso reciente (Dewar y McBride 1992). De esta forma tenemos una medida espacial que sirve para relacionar el ritmo de ocupación con las circunstancias que **enmarcan** la toma de decisiones en los modelos sistémicos presentados anteriormente. Estos modelos fueron definidos sobre la base de los intervalos de tiempo entre asentamientos sucesivos (Wandsnider 1992).

PROBLEMA ARQUEOLÓGICO

La localidad de Cerro de los Indios 1 está ubicada unos 10 km al SO de las cabeceras de los lagos Posadas- Puyrredón en la margen sud de esta cuenca del noroeste de Santa Cruz. Cerro de los Indios 1 es un alero rocoso con una superficie potencialmente habitable de 240 m² delimitada por la pared rocosa y el talud. Sobre esta superficie se disponen además una serie de bloques caídos de mediano a gran tamaño desprendidos de la pared del alero. El alero está abierto hacia el norte, por lo que tiene iluminación todo el día. Dentro de esta superficie se ha **excavado** en forma extensiva en dos sectores que denominamos Area de Excavación 1 (19 m²), y Area de Excavación 2 (16 m²). Un tercer sector, denominado Area de Excavación 3, está representado por un sondeo de 1 m² (Aschero et al. 1999). En ambos casos, las dos **Áreas** de Excavación (AE1 y 2) están cerca de la pared del alero e incluyen uno o varios bloques en la superficie de excavación abierta (Figura 1).

En **CII** se identificaron cinco momentos de ocupación distribuidos en dos segmentos principales. El primero de ellos se ubica entre 3860 y 3150 A.P. y el segundo entre 1810 y 990 A.P. (Aschero et al. 1999). Este mismo esquema indica también que algunas unidades de depositación tienen una alta resolución "que permite establecer una 'contemporaneidad general' entre distintos episodios de ocupación ... [y] que unidades de depositación superpuestas y claramente diferenciables de acuerdo a sus características físicas, se depositaron en un lapso breve, menor al **error** de medición de la técnica de datación radiocarbónica" (Aschero et al. 1999). En la Tabla 1 presentamos los segmentos principales mencionados que incluyen fechados presentados anteriormente (Aschero et al. 1999) e incorpora nuevos fechados para las capas 7b y 11 del AE2¹.

Las fechas nuevas que se presentan aquí corresponden a las muestras:

LP-1079 1170150 (7bf) fogón en cubeta
LP-1067 1630±50 (7b3f) fogón en cubeta
LP-1059 1410±50 (11) carbones en pocito

En el Area de Excavación 2 (AE2) hay 11 unidades **estratigráficas** excavadas hasta el momento. Son capas bien diferenciadas por su color, textura y estructura; existiendo subdivisiones sobre la base de cambios netos en su grado de compactación y matriz (e.g., división entre 6a y 6b). El espesor de las capas es variable (entre 3 y 18 cm), algunas de las cuales no cubren toda la superficie abierta en la excavación. Estas unidades, espacial y temporalmente discretas, son las que contienen la evidencia generada por las ocupaciones, sean éstas superficies o depósitos, y serán usadas como unidades de referencia para el análisis de estructuración del espacio. Para este trabajo no hemos analizado las capas superiores (1 a 3) y sólo presentamos la información referente a las capas 4 a 11. Las capas 4 a 11 del AE2, están comprendidas en el segundo segmento temporal del modelo cronológico. Resulta interesante para el análisis presentado en este trabajo, destacar la identidad cronológica de unidades superpuestas en una misma área (capas 4 y 5b cf. Aschero et al. 1999).

En los casos de reocupación, la historia de uso de un lugar puede condicionar ocupaciones subsiguientes. Emplearemos los modelos de ocupación y reocupación en el análisis de estructuración del espacio para determinar la historia formacional de los

depósitos. Esperamos un alto grado de congruencia entre los diferentes paquetes de ocupaciones. Estos paquetes tendrán un mayor grado de mantenimiento por ubicarse en una localidad con limitantes físicos, independientemente de la duración de los episodios de ocupación.

El grado de congruencia entre ocupaciones será medido en función de los rasgos arqueológicos. Los rasgos resultan de la formatización del terreno. Requieren mantenimiento y tienen una determinada vida útil (Wandsnider 1996). Corresponden a las instalaciones alrededor de las cuales se organizan las actividades de un asentamiento dentro del contexto sistémico (Binford 1982). De los rasgos registrados en el AE2, hemos seleccionado tres clases: concentraciones de paja, modificaciones de las superficies, e indicadores de combustión. Estas clases son evidentes y menos ambiguas para la observación. Están conformadas por materiales de diversa naturaleza con distintas respuestas a los procesos postdeposicionales. Se corresponden con actividades variadas que están sujetas a un grado distinto de reutilización durante los episodios de ocupación.

Para las concentraciones de paja se tomó en cuenta su estructura interna y densidad; si estaba conformada por haces de gramíneas en posición de vida, o disociadas y mezcladas con otros materiales vegetales; su grado de distribución y compactación en el terreno (lente, capas o planchones); si estaban quemadas o no. Dentro de las modificaciones de la superficie, representadas mayormente por pozos de distintas dimensiones, reconocemos dos tamaños generales: aquellos que tienen un diámetro menor a 10 cm (con una profundidad comparable), y otros con dimensiones mayores; pudiendo ambos contener distintos tipos de relleno. Otra variante de modificaciones son las superficies relativamente amplias y bien delimitadas que se encuentran deprimidas con respecto al terreno circundante de la misma capa. El rasgo más extenso dentro de esta clase lo constituye la formatización de la capa 4c. Esta fue removida en parte antes de la depositación de la capa 7a, formándose un escalón vertical pronunciado de unos 35 cm, a lo largo de un frente. De modo que esta capa fue **excavada** y formatizada para contener las ocupaciones de la capa 7a, y por ende actuó de "reborde" para las siguientes unidades **estratigráficas**. En efecto, se formó una superficie adicional o interfaz de rasgo (Harris 1991) que conforma el rasgo analizado en este trabajo. La clase indicadores de combustión es la que muestra mayor variedad de estados en cuanto a forma, densidad y estructura. Aquí hemos tomado en cuenta los efectos de la combustión sobre el **sustrato** (tierra quemada y rubefacta), la presencia de distintos grados de combustión (ceniza y/o carbones) y su forma de presentación, asociación (cenizas, carbones sueltos, carbones concentrados) y formatización (lente o cubeta).

ESTRUCTURACIÓN Y CONGRUENCIA

En el cuadro que se **acompaña** (Tabla 2) se presenta la distribución de estos rasgos a lo largo de las capas del AE2, donde se consigna su frecuencia (presentes más de una vez) y su asociación directa con algún otro rasgo de la misma capa. Para algunos pozos, "reborde" y fogones en cubeta, se registra su presencia continua e **intrusiva** en capas subsiguientes. Es así que la línea de puntos marca, por ejemplo, en la capa 8 cuánto penetra el fogón cubeta en las capas 9 a 11, o también, cuántas capas (4b-7a) fueron contenidas por el "reborde" **excavado** en la capa 4c. El "reborde" en la capa 4c tiene unos 30-35 cm de alto y se mantuvo inalterado desde su formatización durante la depositación subsiguiente de las capas 7a a 4b.

Notamos que las tres clases de rasgos se presentan conjuntamente en cada una de las capas, y la mayoría de las veces en una amplia variedad de formas y con distintas frecuencias. Una excepción es la capa 4c que sólo contiene planchones de paja como rasgo identificado. A su vez, aunque tienden a formar unidades discretas, en ciertos casos están asociados a otro rasgo. Esto sucede con mayor frecuencia en el caso de los pozos y también con los rasgos de combustión. Visto a lo largo de la secuencia, hay **gran persistencia** de las tres clases (forma de presentación y frecuencia), como así también en los rasgos asociados. Esta persistencia es notable en el caso de los pozos, pozos con relleno, pocitos, planchones de paja, concentración de carbones, fogones y

fogones en cubeta (Tabla 2).

Antes de pasar a considerar la distribución de estos rasgos horizontalmente, conviene revisar cuáles fueron los límites **naturales** para la disposición de actividades en la superficie de ocupación de CII. En el AE2, hay sólo un bloque caído que forma el borde oeste de la superficie abierta, como lo indica su presencia en el **perfil** del pozo de sondeo. De modo que, para el momento considerado (*ca.* 1900-1200 A.P.), este obstáculo natural, junto con la pared y talud, debió ser incorporado a la **estructuración** espacial de las ocupaciones. Otros limitantes que pueden considerarse fijos son aquellos rasgos aportados por los ocupantes mismos, como es el caso del "reborde" de la capa 4c (Figuras 1 y 2-5).

Hemos seleccionado cuatro capas para este análisis de estructuración y congruencia: 6a, 6b, 7a y 7b; la disposición de los rasgos descriptos a continuación se encuentra en las Figuras 2 a 5. El indicador de combustión más importante está representado por un fogón que siempre se encuentra a una distancia comparable de la pared y del bloque, ubicándose en la porción centro-oeste del área de excavación. En la capa 6b hay además un fogón secundario a 2 m de distancia, en una zona de depresiones y camadas de paja. Las concentraciones discretas de ceniza y/o carbones no están a más de 50-100 cm del fogón principal, y en algunas (capas 6a y 7b) se encuentran junto con camadas de paja y/o pozos. El **sustrato** rubefaccionado está siempre asociado al borde de los fogones (principal o secundario).

En términos generales, dentro de cada capa, los pozos se encuentran alejados del bloque, y en su distribución parecen extenderse más allá del límite este del área de excavación. No obstante, la posición del fogón principal y la pared parecen referentes más claros, ya que los pozos, pocitos y depresiones bien delimitadas se encuentran próximos a ellos. Esto es especialmente cierto para los pocitos ubicados entre la pared y el fogón principal (capas 6a y 7b) y para las depresiones dispuestas en la porción este del área excavada. Las concentraciones de paja se disponen entre el fogón y la pared, pero además en relación con los pozos o depresiones. Por lo tanto, se distribuyen principalmente en la porción sur y este del área excavada. El rasgo que denominamos "reborde", resultado de la formatización de la capa 4c, se mantiene en la misma posición para las capas 7a a 6a, y de hecho conforma el límite de su depositación, no hallándose ningún rasgo más allá del mismo.

Si comparamos la superposición existente entre rasgos en capas sucesivas (6a, 6b, 7a y 7b) se puede ver que no hay desplazamiento aparente en la posición de los fogones principales entre todas las capas consideradas. A pesar de su tamaño diferente ellos se encuentran superpuestos en el mismo lugar, a la misma distancia de la pared del alero y del bloque. Entre la capa 7b y 7a las depresiones están superpuestas, pero esto no se repite para los pozos, pocitos, concentraciones aisladas de carbones o las camadas grandes de paja, aunque guardan entre sí las mismas posiciones relativas. Entre la capa 7a y 6b, sigue la superposición entre depresiones, aumentando su frecuencia en esta nueva capa. Se agregan rasgos no presentes en la capa 7a: el fogón secundario, las concentraciones de paja y de carbones. Para las capas 6b y 6a, la superposición se da entre todos los pozos y algunas camadas de paja. No así para los pocitos, o concentraciones de carbones o algunas concentraciones de paja menores.

DISCUSIÓN

Las tres clases de rasgos fueron seleccionados por ser discretos, por resultar de actividades diferentes y por tener distintas respuestas a procesos de reutilización y procesos postdeposicionales. En los patrones recién descriptos, analizamos la persistencia de estos rasgos y notamos que las tres clases están presentes a lo largo de la secuencia. La mayoría de estos rasgos arqueológicos mantienen distancias relativas con respecto de los límites naturales: la pared del alero y un bloque caído. A su vez el rasgo denominado "reborde", que se mantuvo inalterado durante la depositación

de estas capas, actuó también de contención limitando la disposición de rasgos en el sector norte del área de excavación. Por lo tanto, puede considerarse que éstos condicionaron el uso del espacio circundante y fueron incorporados a la organización de las actividades.

Dentro de estos límites, persisten las posiciones relativas del conjunto de rasgos en cada capa. Esto se refleja en las relaciones entre fogones y camadas de paja, pozos y camadas de paja, y finalmente entre fogones y pozos. Esta semejanza en la disposición marca un grado de estructuración interna resultado de las actividades que generaron a los rasgos. Es posible además que ciertos rasgos, como el caso de los fogones y el "reborde", hayan actuado como limitantes inducidos (Koetje 1994) que también focalizaron la estructuración interna de las actividades.

La presencia de limitantes naturales e inducidos, y la persistencia en la posición relativa de los rasgos no implican automáticamente una repetición en el emplazamiento de los mismos. Pese a esto, existe un desplazamiento casi nulo entre los fogones de todas las capas consideradas, ubicándose en la misma posición a lo largo de las cuatro capas. El rasgo "reborde" fue mantenido sin desplazamiento como límite para la depositación subsiguiente de las capas 7a a 6a. Hay muy poco desplazamiento entre algunos de los pozos del sector este (7b-7a; 7a-6b; 6b-6a) y entre aquellos cercanos al fogón (6b-6a), y algunas de las camadas de paja del sector norte del área de excavación (6b-6a). En comparación, no hay superposición espacial en capas sucesivas para rasgos como los pocitos, concentraciones de carbón, y algunas concentraciones de paja. Esta superposición con escaso desplazamiento entre los rasgos indica un grado alto de congruencia entre el paquete de capas sucesivas.

CONSIDERACIONES FINALES

Para evaluar el grado de estructuración, hemos analizado la presencia de los rasgos arqueológicos en las capas 4a a 11 en el Área de Excavación 2 de CII. Aquí notamos la gran persistencia en las clases de rasgos consideradas, su dispersión acotada por limitantes físicos naturales, y su disposición semejante a lo largo de la secuencia. Esta persistencia, semejanza y congruencia entre rasgos serían el resultado de un mismo rango de actividades que contribuyeron a su formación. Las diferencias en la disposición (frecuencia y forma) de ciertos rasgos o escasa presencia entre capas, podría deberse a la intensidad de las actividades de mantenimiento durante los eventos de ocupación. Un análisis de la estructura interna de los depósitos sería lo más indicado para determinar el ritmo de acumulación y el grado de resolución de la unidad (Tani 1995).

En los modelos de reocupación, el desplazamiento entre eventos de ocupaciones superpuestos es una medida del grado de incorporación de ocupaciones anteriores y del ritmo de uso de una localidad. Esto permite establecer relaciones entre eventos de ocupación sobre la base del uso de la localidad, independientemente de su funcionalidad hipotética. En este caso medimos el grado de desplazamiento entre los rasgos de capas sucesivas considerados individualmente y en su conjunto (capas 6a, 6b, 7a y 7b). El emplazamiento de los rasgos en capas sucesivas indicó cierta variación en los grados de congruencia entre capas sucesivas. La congruencia es **total** en muchos casos, pero **también** hay algunos rasgos que no están directamente superpuestos. Sin embargo, rasgos previos como el "reborde", fueron incorporados sin modificar, utilizándose asimismo en forma sucesiva el emplazamiento de otros rasgos (e.g., fogones). Las relaciones entre el resto de los rasgos no es tan constante a lo largo del paquete considerado, pero sí hay congruencia entre series de capas sucesivas. Tomada en conjunto, esta información sugiere que hubo un uso semejante del espacio a lo largo de las capas analizadas, y que el estado de cada una de las superficies que quedaron expuestas condicionaron los eventos de ocupación siguientes.

Estos resultados coinciden favorablemente con el modelo cronológico que sugiere

lapsos breves de depositación para algunas de las capas. Con la incorporación de nuevos fechados se podrá tener otra medida del ritmo de ocupación de esta localidad. Pero, en este caso, el grado de congruencia evidenciado y el impacto que la historia de uso de la localidad pudo tener, concuerda con las escalas de tiempo indicados por el modelo propuesto. Esto a su vez, puede servir para discutir si el uso recurrente de la localidad para el segmento temporal analizado, residió en su atractivo como elemento del paisaje a lo que deberíamos sumar los rasgos aportados a lo largo de su historia de ocupación (Schlanger 1992; Stafford 1995; Wandsnider 1998b).

TABLA 1.

Fechados radiocarbónicos para la localidad de Cerro de los Indios 1.

AREA 1 (capa)	AREA 2 (capa)	AREA 3 (capa)
990±110 (3a)		
	1250±50 (4)	
1420±50 (3b)	1290±50 (5b)	
	1660±60 (6a)	
	1810±50 (6a)	1790±50 (6)
	1170±50 (7bf)*	
	1630±50 (7b3f)*	
	1410±50 (11)*	
3350±110 (3c)		
3230±120 (3c)		
3150±90 (3d)		
3320±50 (3e)	3400±90 (4)**	
	3860±90 (17)**	

* nuevos fechados.

** denominación provisoria de un sondeo inicial dentro del AE2.

FIGURA 1.

Planta de la localidad CII y las Areas de Excavación.

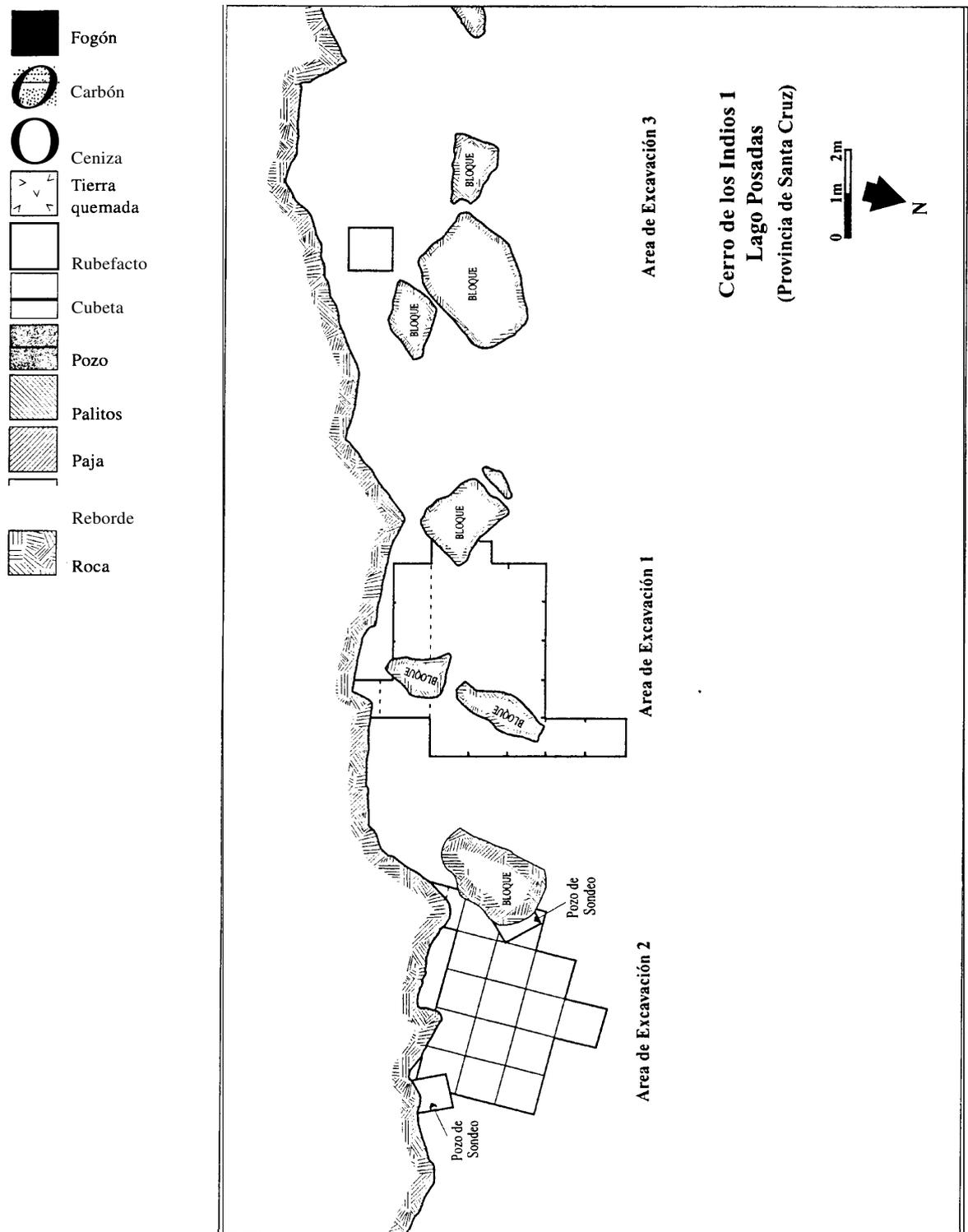


TABLA 2.

Clases de rasgos y su distribución en la secuencia de CII.

Paja	Rasgos	4 a	4 b	5 a	5 b	6 a	6 b	7 a	7 b	4 c	8	9	10	11
	· haces						●		●			⊙		
· suelta			●	●	●	●	⊙					●	●	
· lente				●				●			●	●	●	●
· camadas		⊙			●	●	●				●	●		
· planchones		●		●	●		●		●	●	●	●	●	
· con ramitas				●	●			●			●	●	●	
· quemada					●				●					

●: presencia ⊙: asociado a otro rasgo ⊗: presencia más de una vez

Modificaciones	Rasgos	4 a	4 b	5 a	5 b	6 a	6 b	7 a	7 b	4 c	8	9	10	11
	Depresión					●						⊙	●	
Pocitos					●	⊗		⊗	⊙			⊙	●	⊙
· con palitos				●									●	
Pozo			●	⊗	⊗	⊗	●	●	●		●	⊗		
· con relleno			●	●	●	●	●		⊙			●	●	●
· con paja		⊙			●		●	●	●					
· fondo intrusivo			⊗	●	●			●			⊗	⊙	⊙	⊙
Reborde			●	●	●	●	●	●						

●: presencia ⊙: asociado a otro rasgo ⊗: presencia más de una vez

Combustión	Rasgos	4 a	4 b	5 a	5 b	6 a	6 b	7 a	7 b	4 c	8	9	10	11
	Tierra quemada								●					
· c/ceniza											●			
Rubefacto					⊙		⊙		⊙		●		⊙	⊙
· c/ceniza					⊙				●					
Cenizas		●	⊗	●			⊙							●
· c/carbones		⊙	⊗	●			●		●		●	●	●	
· compactas									●					
· Ceniciente					●									
Carbones c/rubefacto									⊙					
· concentrados		●	●	●	⊙	●	●	⊙	⊙		●		●	⊙
· c/ceniza		●	●		●	●			⊙			●		
· Carbonoso				●	●							●	●	●
Fogón					●		●	●	⊙		⊗	●	⊙	
· lente													●	
· cubeta		⊙	●	⊗	⊙				●					
· cubeta intrusivo											●	●	●	●

●: presencia ⊙: asociado a otro rasgo ⊗: presencia más de una vez

FIGURA 2.)

Area de Excavación 2: rasgos de la capa 6a.

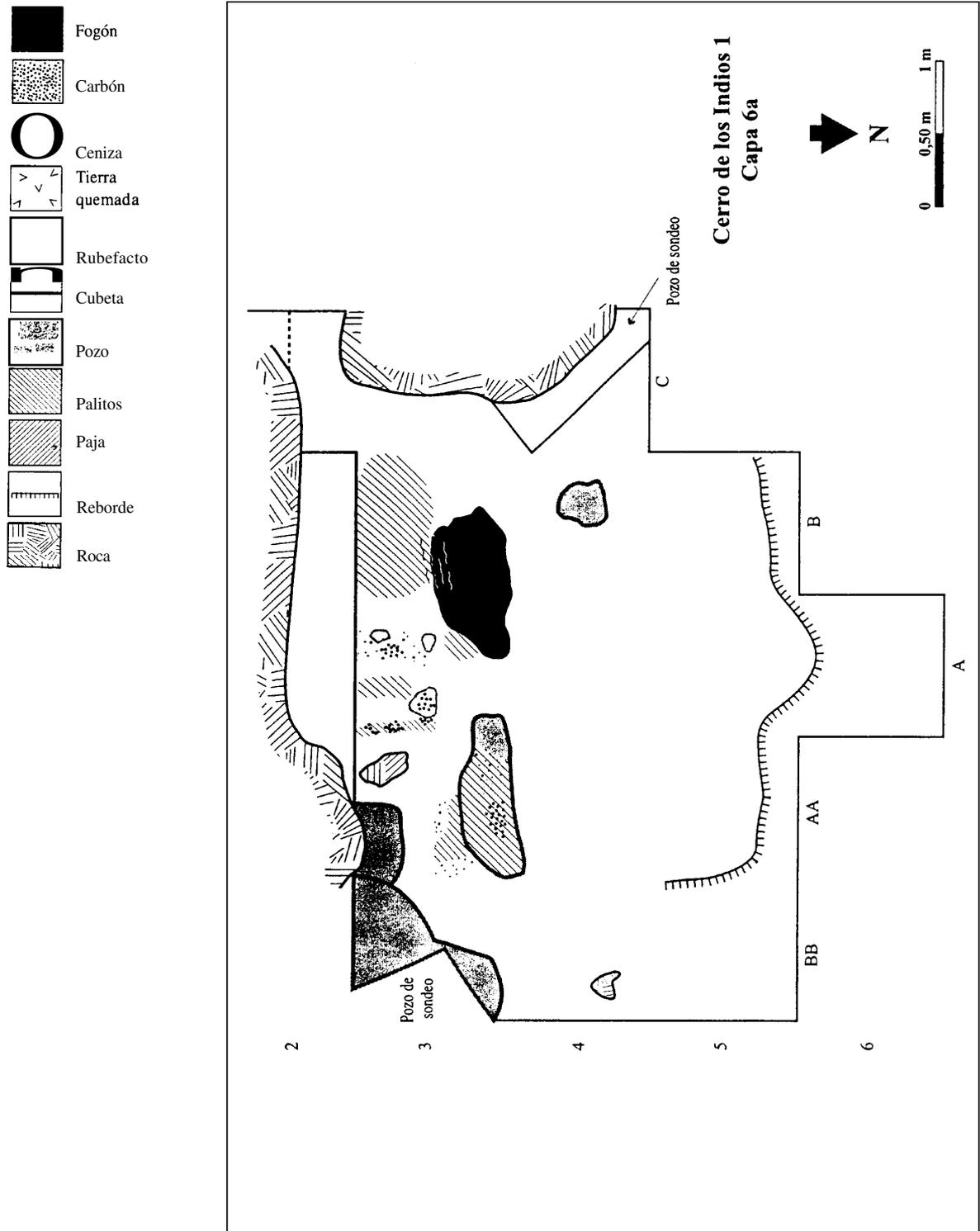


FIGURA 3.)

Area de Excavación 2: rasgos de la capa 6b.

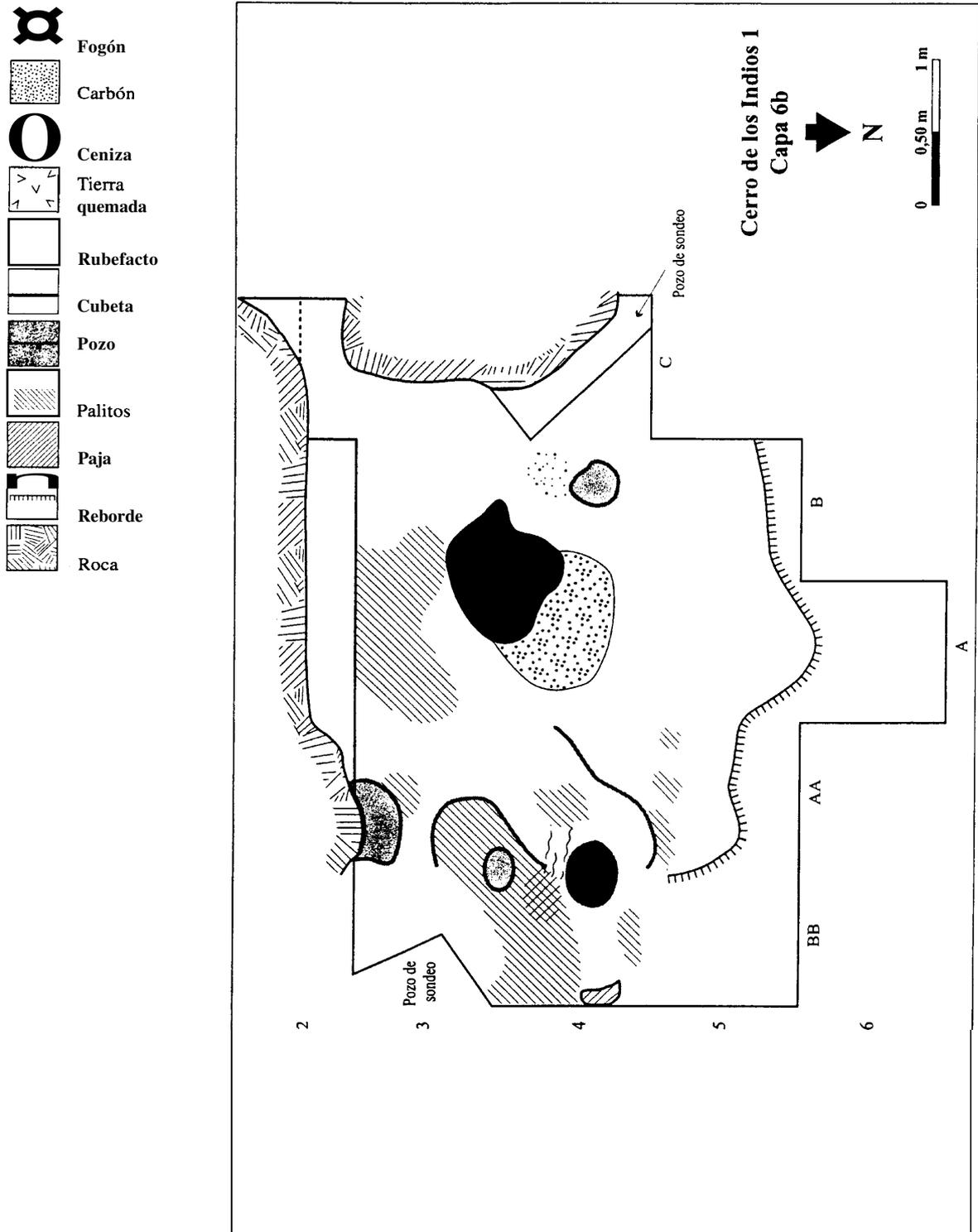


FIGURA 4.)

Area de Excavación 2: rasgos de la capa 7a.

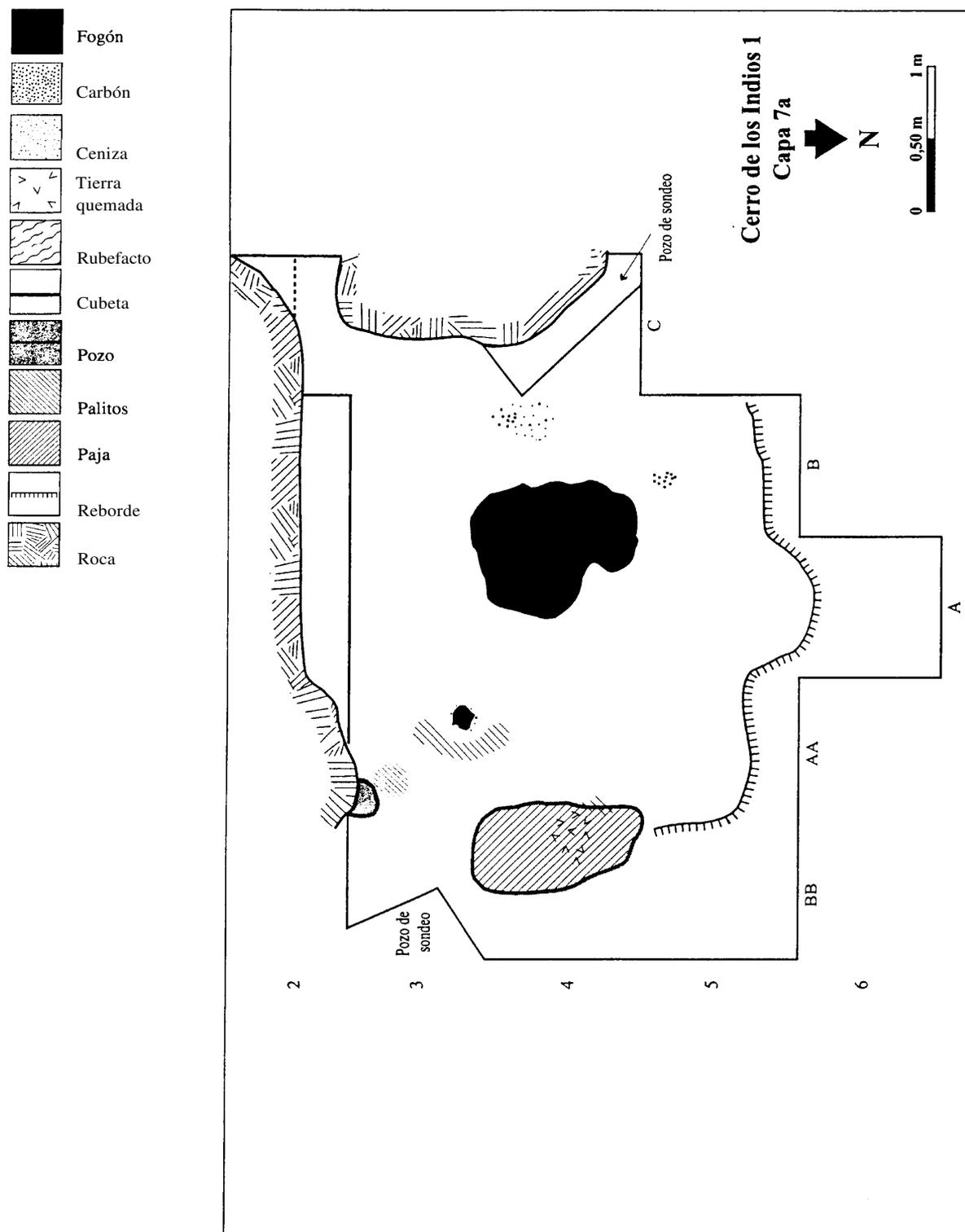
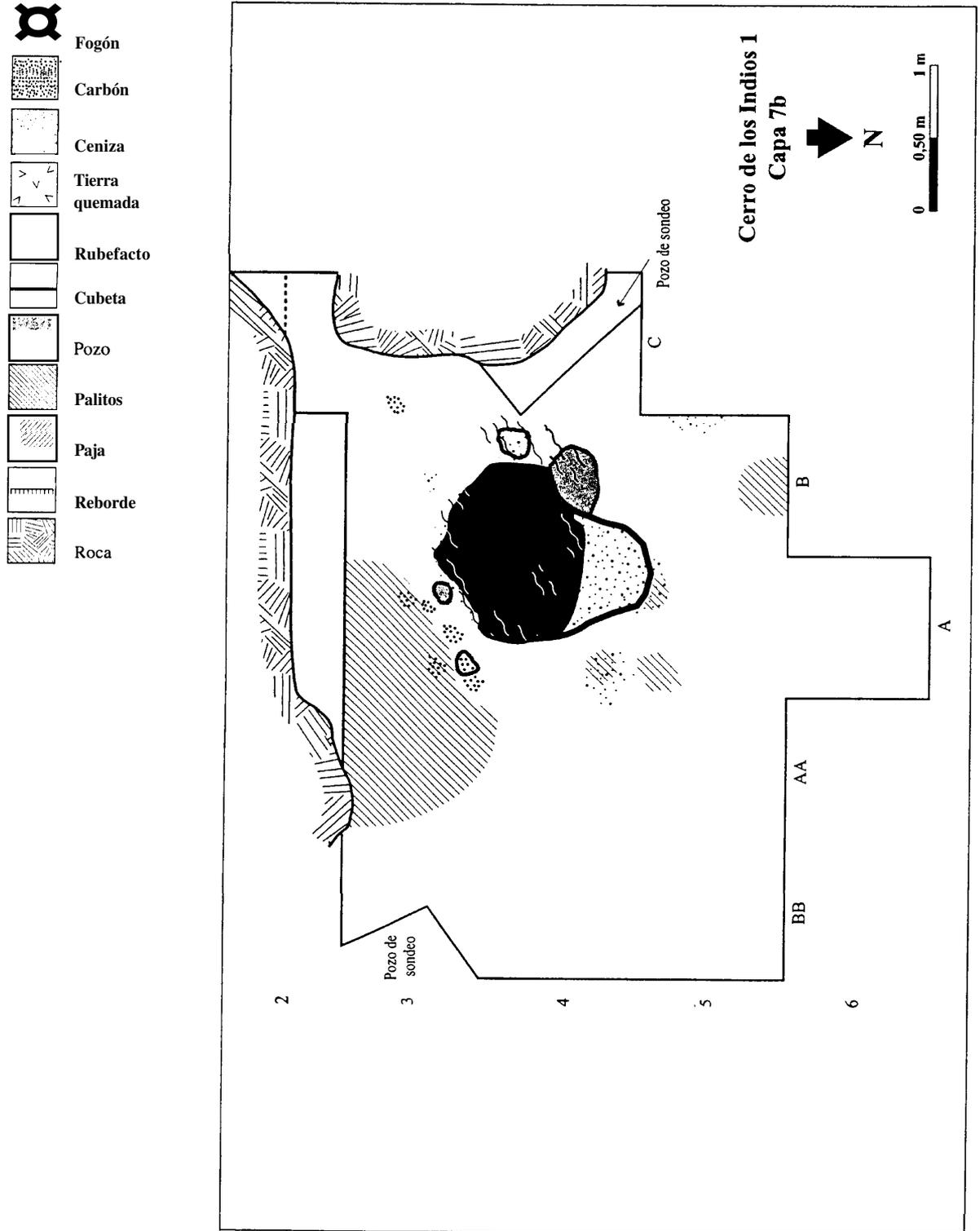


FIGURA 5.)

Area de Excavación 2: rasgos de la capa 7b.



AGRADECIMIENTOS

Marcela Arredondo, Gabriela Ibañez y Mariano Orcurto colaboraron para elaborar la base de datos y las plantas. Adriana Chauvin, con mucha paciencia y dedicación, confeccionó gráficos claros a partir de los diagramas originales. Quisiera reconocer los comentarios aportados por Hugo Yacobaccio y la cuidadosa revisión de Liliana Manzi. Muy especialmente quiero agradecer el esfuerzo invertido por Vivian Scheinsohn y Willie Mengoni al intentar mejorar la redacción de este artículo.

BIBLIOGRAFÍA

ASCHERO, C.A., M.E. DE NIGRIS, M.J. FIGUERERO TORRES, A.G. GURÁIEB, G.L. MENGONI GOÑALONS y H.D. YACOBACCZO

1999. Excavaciones recientes en Cerro de los Indios 1, Lago Posadas (Santa Cruz): nuevas perspectivas. *Soplando en el Viento. Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, editado por Universidad Nacional del Comahue. Facultad de Humanidades. INAPL, pp. 269-286.

BINFORD, L.R.

1982. The Archaeology of Place. *Journal of Anthropological Archaeology* 1:5-31.

BINFORD, L.R.

1983. *In Pursuit of the Past*. Thames & Hudson, New York.

DEWAR, R.E. y K.A. McBRIDE

1992. Remnant Settlement Patterns. *Space, Time and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider, pp. 227-256. Plenum, New York.

GAMBLE, C.S.

1991. An Introduction to the Living Spaces of Mobile Peoples. *Ethnoarchaeological Approaches to Mobile Campsites*, editado por C.S. Gamble y W.A. Boismier, pp. 1-23. BAR- International Monographs in Prehistory.

HARRIS, E.

1991. *Principios de estratigrafía arqueológica*. Crítica, Barcelona.

JONES, G.T. y C. BECK

1992. Chronological Resolution in Distributional Archaeology. *Space, Time and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider, pp. 167-192. Plenum, New York.

KOETJE, T.A.

1994. Intrasite Spatial Structure in the European Upper Paleolithic: Evidence and Patterning from the SW of France. *Journal of Anthropological Archaeology* 13:161-169.

O'CONNELL, J.F.

1995. Ethnoarchaeology Needs a General Theory of Behavior. *Journal of Archaeological Research* 3:205-255.

RAMENOFSKY, A.F. y A. STEFFEN

1998. Units as Tools of Measurements. *Unit Issues in Archaeology: measuring time, space and material*, editado por A.F. Ramenofsky y A. Steffen, pp. 3-17. University of Utah Press, Salt Lake City.

ROSSZGNOL, J.

1992. Concepts, Methods and Theory building: a Landscape Approach. *Space, Time and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider, pp. 3-16. Plenum, New York.

ROSSZGNOL, J. y L. WANDSNZDER (Editores)

1992. *Space, Time and Archaeological Landscapes*. Plenum, New York.

SCHLANGER, S.H.

1992. Recognizing Persistent Places in Anasazi Settlement Systems. *Space, Time and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider, pp. 91-112. Plenum, New York.

STAFFORD, C.R.

1995. Geoarchaeological perspectives on paleolandscapes and regional subsurface archaeology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2:69-104.

SULLIVAN, A.P. III

1992. Investigating the Archaeological Consequences of Short Duration Occupations. *American Antiquity* 57:99-115.

TANI, M.

1995. Beyond the Identification of Formation Processes: Behavioral Inference Based on Traces Left by Cultural Formation Processes. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2:231-252.

WANDSNIDER, L.

1992. The Spatial Dimension of Time. *Space, Time and Archaeological Landscapes*, editado por J. Rossignol y L. Wandsnider, pp. **257-292**. Plenum, New York.

WANDSNIDER, L.

1996. Describing and Comparing Archaeological Spatial Structures. *Journal of Archaeological Method and Theory* 3(4):319-384.

WANDSNIDER, L.

1998a. Regional Scale Processes and Archaeological landscape Units. *Unit Issues in Archaeology: measuring time, space and material*, editado por A.F. Ramenofsky y A. Steffen, pp. **87-102**. University of Utah Press, Salt Lake City.

WANDSNIDER, L.

1998b. Landscape Element Configuration, Lifespace and Occupation History: Ethnoarchaeological Observations and Archaeological Applications. *Surface Archaeology*, editado por A.P. Sullivan III, pp. **21-39**. University of New Mexico Press, Albuquerque.